

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES É INDUSTRIA.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA, 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS, 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el EXTRANJERO, 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres Cabrera.—Se suscribe en Córdoba, casa del director económico, Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de San Juan, número 22.—Fuera, en las principales librerías.

REVISTA GENERAL.

Hace poco mas de un año que la batalla de Solferino obligaba á los emperadores de Austria y Francia á firmar la paz. Muchos y muy graves acontecimientos han ocupado la historia en tan corto tiempo; sin embargo, parece que nada se ha verificado á juzgar por la impaciencia é inquietud con que se espera: ante la importancia de lo que se teme ó desea parece que pierde su trascendencia lo que pasó. ¿Consiste esto en la movilidad é inconstancia del corazon humano? No ciertamente: hay sobrados motivos para temer y para desear, aunque esos temores sean exagerados é imprudentes esos deseos. Un año no ha sido parte á contener todas las consecuencias de los principios puestos en Junio de 1859: el drama no ha concluido, porque son los mismos los personajes mas importantes é iguales tambien los papeles que desempeñan. Napoleon continúa siendo el héroe de Europa; Victor Manuel, el atolondrado ambicioso, es aun en Italia el segundo del Emperador; Garibaldi, continua á pesar de su renuncia, á las órdenes del rey galantuomo, hasta que llegue el momento de ser el émulo de Mazzini: activo é infatigable obrero de la revolucion trabaja en libertar de sí mismos á los italianos para arrojarlos en manos estrañas, y se esfuerza en realizar *la idea, el derecho....* de

Francia ó de Inglaterra. Entre las victimas ha habido una sublime, y tanto que el sacrificador vaciló en su presencia, besó antes de herirla su vestidura sagrada, se vió obligado á ser hipócrita y pronunció en tono reverente palabras humildes, que en sus lábios eran sarcasmos.

La Europa escuchó admirada los preliminares de Villafranca y empezó á limpiar sus armas y á contar sus soldados: ¿en qué estado la encuentra el primer aniversario de aquel inesperado acontecimiento? Con la mano en el pomo de la espada y los ojos fijos en Francia.

Vestido sencillamente, solo, apoyándose en un baston mas de lo que su edad exige, grave y meditabundo han visto los habitantes de Baden pasear por sus calles al emperador de los franceses. ¿Que ha ido á hacer allí Napoleon III? Solo él lo sabe, Inglaterra se lo figura, y segun todas las probabilidades, la Alemania lo ignora. El ministro de Estado prusiano há ofrecido decirlo oficialmente. Hasta ahora sabemos que en ese breve congreso de principes ha dicho en resúmen Napoleon, que respecto á la Alemania *el imperio es la paz*. Pero aun despues de esas seguridades puede muy bien la Alemania ignorar las intenciones del emperador. Esas palabras se han pronunciado en el aniversario de Solferino: al mismo tiempo, por lo que acontezca, se publica en Francia una quinta de 100000 hombres; y pen-

sando en Inglaterra, se intenta averiguar si la nueva fragata *Gloire* podrá hacer pedazos un navio de línea con su proa de bronce.

Inglaterra podrá ser vencida, pero sorprendida no. Por eso procura unir en provecho suyo al Austria y á la Prusia; por eso tambien pierde su gravedad y olvida el tanto por ciento para presenciar con infantil alegría sus batallones de voluntarios; por eso prueba, acordándose de Francia, el alcance de sus cañones, y pregunta á su gobierno si sabe qué garantías pedirá la Francia en el caso de anexion de la Sicilia á Cerdeña.

Alemania discute sobre las rivalidades de sus dos grandes potencias, y á pesar de las protestas de Napoleon reune en Altemburgo un respetable ejército. Prusia ve que debe remojar sus barbas cuando se cortan las del vecino, y aboga por la dinastia combatida en Nápoles. Mientras, atesta el Austria de batallones el Véneto y de cañones rayados sus fortalezas.

Suiza oye de Napoleon que no cederá un palmo de territorio. Entretanto agentes franceses predicán por sus cantones la anexion.

La Polonia se agita.

Cerdeña quiere encontrar en Sicilia los 17000 soldados que ha perdido con Niza y Saboya, y trata al mismo tiempo de alianza con Nápoles. Lucha además con la anarquia en los Ducados y con el deficit de su Hacienda, y tambien le inquietan Mazzini y Lamoriciere.

El Papa es vitoreado en Roma, sigue orando por sus enemigos y espera la voluntad de Dios.

Francisco II todo lo teme ya; pero continúa neutralizando con su politica sus elementos de triunfo. Otorga una constitucion á su pueblo, fortifica á Messina y el continente, y busca en Turin el amparo de sus enemigos. El pueblo de Nápoles da las gracias á la Francia apaleando á su embajador y se divierte asesinando á la policia é incendiando sus archivos.

Sicilia empieza á acordarse, como los israelitas, de las oyas de Egipto. Su nacimiento á nueva vida es tan doloroso que siente haberlo deseado. Catania, Siracusa, Augusta y Caltasineta, piden á Nápoles proteccion contra los vendedores de independenciam. Los expedicionarios se han dividido en anexionistas y unitaristas. Garibaldi ha modificado cinco veces en cuatro dias el ministerio. Mazzini ha llegado el 23. Piensan atacar á Messina y al continente; pero lo impiden sus disenciones, sus cortas fuerzas y las muchas del enemigo.

Francia se ha templado, Prusia se declara á favor de Nápoles, vuelve á trabajar la diplomacia: será que entra en su segunda época la cuestion siciliana?

El coloso del Norte sigue una politica contraria al parecer á sus intereses. Caen en Europa las monarquias tradicionales á impulsos de la revolucion, son hollados los antiguos derechos, y la Rusia se limita á protestar desde su retiro contra el nuevo derecho que está modificando el mapa de Europa. Calla; pero vende caro su silencio. Prescinde del Occidente con tal que le abandonen el Oriente, y mientras toma el pulso al enfermo de Constantinopla, se prepara en el interior, robusteciendo sus ejércitos y desarrollando lentamente su civilizacion.

El fanatismo musulman se ensaña barbaramente contra los cristianos, abandonados por la Europa. Es que siente aproximarse su hora postrera, y que Constantinopla la sultana prepara su cuello á las cadenas de los tártaros.

Entre tanto España empieza á sentir que no es una quimera la felicidad.

R. CONDE Y LUQUE.



CANTICO DE FIESTA DE NERON.

POR

VICTOR HUGO.

Nescio quid molle et factum.

(Horat.)

Me agovia el fastidio que evita el prudente.
Venid al festejo; amigos, corred:

Neron os convida, el César sobervio
Que Cónsul dos veces, ya aclámanle hoy tres

Neron fortunado que impera en el mundo
Y es de la armonia dulcísimo Dios:

El que á los diez tonos de jónica lira,
Pulsándola diestro, combina su voz.

Que os haga, en un punto, si amigo os convoca
En grato concurso y alegre acudir,

Ni Agénor el griego, ni Palas liberto
Jamás disfrutaron tan grande festin.

No aquel ya le iguala do Séneca adusto
A Diógenes daba benigno loor,

Y en copas de oro bebiendo el Faleruo
Incómodas trabas gozoso rompió.

Ni el otro en que Aglae Faleria, en el Tiber
A medias desnuda, conmigo bogar

Se vió en rica barca de toldos guarnida,
A que el Asia diera color sin igual.

Ni aquel do el Prefecto Batávo lanzaba
Del laud al sonido, al bravo leon

Veinte esclavos tristes, velando sus hierros
Con flores preciadas de raro primor.

Venid, mis amigos, mirad á esa Roma
Que ante vuestros ojos entera vá á arder.

Aquí mi litera subiendo á esta torre,
Desde ella torrentes de fuego veré.

Un circo ya forman las siete colicas
Dó lucha con Roma siniestro fulgor.

Los vanos combates de tigres y hombres
Junto á esta lid fiera, decidme: ¿Que son?

Así, de esta suerte, á el dueño del orbe
Su enojo profundo conviene aplacar,

Que á veces, os lanza terríficos rayos
Cual Dios que encrudece feroz soledad.

Mas ya cae la noche: la fiesta principia:
A fuer de hidra inmensa se vé aparecer

Incendio espantoso con lenguas de fuego,
Y agitan las auras sus alas también.

Oh! Vedle, miradle! Con pliegues de humo
Regiones que enciende su aliento voráz

Cubriendo, y los muros que amagan ruinas
Con tristes caricias artero alhagar.

La brasa se acerca, y fuertes palacios
Solo á su contacto se ven derruir...

¿Por qué yo no tengo caricias y besos
Que á la vez devoren y maten así?

Son ronco resuena; los negros vapores,
Cual sombras, entre ascuas, los hombres mirad:
De muerte el silencio por grados renace,
Columnas de bronce se ven desplomar.

De metal rodante los rios derretidos
El oro de puertas que entalla el cincel
Al Tiber bramando, en ondas de fuego,
Ya miro, y con rauda violencia correr.

Al pórvido y mármol, al jaspe y estatuas
A quienes no guarda divino esplendor
De nombres ilustres, devoran cenizas
Azote espantoso donde quiero yo.

Volando recorre los vastos espacios
Y nada contiene su marcha triunfal;
Y Aquilon empuja la hoguera terrible,
De brasas inmensas cual en tempestad.

Adios, Capitolio, Colina sobervia;
Cual puente, á mis ojos, del Cócyto es
El fuerte acueducto que Sila elevara:
Y en Roma las llamas contemplo do quier.

Caerán esas torres y domos altivos.
Caerán con fracaso. Tal place á Neron.
Oh! dále las gracias, señora del mundo,
Pues con tal diadema tu frente exornó.

Dijérame, niño, la voz sibilina
Que á Roma aguardaba feliz porvenir,
Que al pié de sus muros de siete collados
El tiempo enfrenaba mas lento su fin.

Nuncióme el presagio que apenas la aurora
De su curso toca el astro inmortal.
Pero yo os demando, su lustre y grandeza
Aun por muchas heras, decid, vivirán?

En oscura noche, ¡qué hermoso es el fuego!
Erostrato mismo pudieratener
Envidia á mis glorias, al ver como huyo
De hogueras cercado el pueblo en tropel.

Asi lo quisieron mis libres antojos.
A mi ¿que me importa de Roma el dolor?
Tomad mi corona, quitadme estas flores,
Y guay no las aje tan vívido sol.

Y si vuestra veste la sangre salpica
Con vino de Creta sus gotas lavad:
Que de humana sangre las manchas horrendas
Tan solo á malvados es grato el mirar.

Si en los alaridos de victimas tristes
Alguno gozare ¡oh misero de él!
Que cubra mi acento sus gritos cantando,
Y á las bromas rudas ensalce el placer.

Venganza y castigo mi brazo descargue
En ese vil pueblo que adora á la par
Al Cristo á quien odio y á Jove supremo
E incienso y loores les dá por igual.

Con ceño terrible me mire á su altura
De Roma cuitada, de hoy mas, el terror.
Yo tenga mi templo; y si hartas deidades
El pueblo no cuenta, seré también Dios.

Mas bella he querido tornar á esa Roma.

Que caiga en sus ruinas, al menos, la Cruz.
No ya mas Cristianos: perpétuo estermio.
De males fué causa rebelde Jesus.

Sucumban á un punto los viles cristianos.
Baldon para ellos, tormentos sin fin...
Y pues son las rosas de aroma tan dulce.
Esclavos, guirnaldas tejed para mi.

F. B. PAVÓN.

Mis 24 años.

Dedicada al Sr. Conde de Torres-Cabrera.

Corazon que la esperanza
tuviste de ser dichoso,
tu dulce sueño amoroso
en lágrimas se trocó.

Y tus sueños, tu ventura,
tu pesar y tu martirio,
yacen mustios como el lirio
que el vendabal abatió.

Tiembla mi planta insegura
cuando contemplo mi vida,
el alma tiembla abatida
cuando la hiere el dolor.

Y en mi delirio pretendo
encontrar otra ventura,
otro mundo, otra llanura
otro cielo y otro amor.

Veinte y cuatro primaveras
tan solo triste he vivido,
y en su transcurso mentido
solo el dolor encontré.

Solo me queda ¡oh Dios mio!
de aquella brillante gloria,
un recuerdo en mi memoria
y un sueño que lloraré.

Vuelan mil noches leyendo
un pasado borrascoso.
un porvenir ¡ay! dudoso
y un presente sin fulgor:

Paso mi vida buscando
el iris de mi consuelo,
busco la rosa que anhelo
y encuentro espinas sin flor.

Y tanto afan, tanto lloro,
tanta locura y contento,
tanto dolor y tormento
la vida del hombre son;

Que en este mundo engañoso
todo nace y todo crece,
todo pulula y perece
y el vivir es ilusion.

Por eso mi frente tiembla
cuando se apoya en mi mano,
jóven aun, soy anciano
si el vivir es padecer:

Mas si la vida es el goce,
la ventura ó la alegría.

siquier he vivido un dia
que me alhagára el placer.

Por eso mi pensamiento
seremonta á su alvedrio,
buscando allá en el vacio
una creencia, una fé.

Un mundo que alhague al alma
un mundo de amor henchido,
que en este mundo mentido
solo mentira encontré.

EDUARDO PERIÉ.

BREVE MEMORIA

SOBRE LA

NUEVA SECTA LITERARIA DE NUESTROS DIAS,

su calificacion; y estado presente

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

DEDICADA

ALOS POETAS CONTEMPORANEOS CORDOBESES.

Es condicion de las cosas humanas no permanecer mucho tiempo en un mismo estado, ley general de que no se exceptuan las ciencias ni la literatura, las que unas veces caminan á su perfeccion, otras permanecen estacionarias, y otras en fin decaen; aquellas por separarse del recto camino que conduce al descubrimiento de la verdad y esta por la estravagancia de los que mal avenidos con los dictámenes de la razon y del buen gusto, de ordinario por distinguirse y singularizarse abandonan la senda que han hallado trazada, y desacordadamente siguen un nuevo rumbo lleno de precipicios y derrumbaderos. Esto ha sucedido en la antigüedad y esto en las naciones modernas de Europa despues del renacimiento de las letras á mediados del siglo XV, y desde entonces han sido varias las vicisitudes por que han pasado las ciencias y las letras en diversos tiempos; pero nosotros solo intentamos aquí trazar una breve reseña de las sectas ó escuelas que han reinado en nuestra literatura para venir á tratar de la que domina al presente.

Desde mediado el siglo XVI principiò á tocar la literatura española al mas alto grado de esplendor por lo que justamente se le ha llamado el siglo de oro de España. Entonces empapados nuestros ingenios con los documentos y ejemplos de los AA clásicos de la antigüedad, ador-

nados con los conocimientos de la mas profunda y escogida erudicion, entre ellos los que proporciona el estudio de las lenguas sábias, escribieron con aquella correccion, solidéz y elegancia que tanto ahora nos agradan, cualidades que se notan aun en los que florecieron en el primer tercio del siglo XVII.

Mas á fines del XVI ya principiaron á darse á conocer dos sectas de escritores que se propagaron grandemente en los tiempos sucesivos para corromper la literatura, los cultos y los conceptistas. Fué patriarca de los primeros, sin que en esto haya controversia alguna Don Luis de Góngora y Argote que intentando sublimar el lenguaje poético, y teniendo á la naturalidad por pobreza, la facilidad por abandono, y la pureza por sujecion, dióse á inventar un nuevo dialecto que remontase el arte de la llaneza rastrera á que segun él estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por su extrañeza y dislocacion de la frase, por la osadia y abundancia de las figuras y la afectacion del estilo; todo lo cual junto produce tal obscuridad que los poemas que el corifeo de los cultos escribió en este lenguaje son ininteligibles como se ve en las Soledades y el Polifemo.

Fué el patriarca de los conceptistas el segoviano Alonso de Segovia, que escribió *conceptos espirituales*, cuya influencia fué tanta que le imitaron los principales escritores de aquel tiempo. Los conceptistas empleaban para realzar su diction pensamientos falsos y alambicados, equívocos pueriles, paranomasias ridículas, hiperboles monstruosas y metáforas estravagantes. Entre los conceptistas descolló D. Francisco de Quevedo, el cual tan estremado era en lo que escribió con acierto, como en sus obras mas defectuosas. En lo serio nadie es tan grave, nadie ostenta una moral mas aústera; y en lo jocoso despliega un humor tan festivo que no pocas veces toca en chocarrero.

Ahora oigamos un pequeño pasage de las Soledades para fomar idea de la obscuridad de los cultos.

No bien pues de su luz los horizontes
Que hacjan desigual confusamente
Montes de agua y piélagos de montes
Desdorados los siente,
Cuando entregado el mismo estrangero
En lo que ya del mar redimió fiero,

Entre espinas crepúsculos pisando
Riscos que aun igualara mal volando
Veloz intrepida ála,
Menos cansado que confuso escala
Vencida al fin la cumbre
Del mar siempre sonante,
De la muda campaña
Arbitro igual é inexpugnable muro,
Con pié ya mal seguro
Declina al vacilante
Breve esplendor de mal distinta lumbre,
Farol de una cabaña
Que sobre el ferro está en aquel incierto
Golfo de sombras anunciando el puerto.

Lope de Vega, Don Juan de Jauregui, Francisco Cascales y otros se opusieron á esta novedad que estragaba la poesia castellana; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder en alguna manera al contagio, como sucedió á D. Francisco de Quevedo despues de haber dicho:

Graduado de tinieblas
Pienso que me sacarán
Para una noche de invierno
O en culto algun madrigal.

El cultismo principió por la poesia y se estendió á toda clase de obras en prosa inclusa la oratoria sagrada, que por largo tiempo se engalanó con los primores del cultismo.

Veamos ahora una pequeña muestra, acaso no la mas estremada, de la prosa culta tomada al acaso de un sermón que principia así: (1)

«¡Que risueño, que alegre, que festivo sobre el mullido catre de menudas rubias arenas suele precipitarse el arroyuelo obsequiando vistosas flores para que sus entretejidas verdes celosias, den paso franco á su corriente escasa, que ansiosa por engolfarse en alta mar, halla en la guija menor, mayor estorbo! Aguarda, espera inconsiderado arroyuelo, no muevas tan presuroso á impulsos de tu natural gravedad las rizadas alas de ese raudal argentado.

Advierte que esas doradas arenas que te brindan el trasportin (2) mas suave te

(1) Sermón del Lic. D. Juan Pedro Moreno y Arias con motivo de una fiesta celebrada á S. Gregorio Ostiense.

(2) Colchon delgado que se echa sobre los otros por ser de lana mas delicada.

servirán en las ceruleas ondas entre fatales turbulencias de un funesto horroroso mausoleo: que tu bajel cristalino encontrará en arenosa cárcel el mas borrascoso arresto: pues al ofrecerte el océano sus estendidos trasparentes brazos, hallarás inconstantes gustos; firmes riesgos, escasos alivios, crecidos afanes, quedando sepultado entre el alterado confuso vulgo de las olas como flaco vagel que destituido de la firme seguridad de las áncoras, despojo de borrasca furiosa, cede á siglos de horrores en calabozo perpétuo sellado con candados que ministra la noche mas sombría.»

De conceptos difícilmente se encuentra un ejemplo breve como quisiéramos para presentarlo en este lugar, porque los conceptistas eran muy difusos; pero aunque con dificultad en un panegírico de S. Hipólito leemos el siguiente: (1)

«Señor, para predicar de un santo que arrastran los caballos es menester asirse de los cabellos, y no obstante han de andar los discursos arrastrados. Por eso dijera yo que para predicar de nuestro mártir y titular S. Hipólito es tan propio el evangelio que dudo se pueda encontrar otro mas propio, porque habiendo sido arrastrado de caballos, en el evangelio encontramos los cabellos. Gracias á Dios que tenemos de que asirnos.»

El gusto de estos corruptores de las letras no pudo menos de mezclarse con el tiempo y ya no hubo cultos ni conceptistas puros, sobresaliendo unos escritores por el cultismo y otros por el conceptismo á los cuales podemos agregar los que hacían especial gala del equívoco; si bien nos parece que los cultos preponderaron á principio del siglo XVII y los conceptistas y equivoquistas al fin del mismo y principios del XVIII. Entre estos escritores se distinguen Don Eugenio Gerardo Lobo, Don Diego Cernadas y Castro, Don José Benegas y Lujan y Don Diego de Torres y Villaroel. Los equivoquistas, entre los que se deben colocar los AA. festivos y jocosos, llegaron á creer que el equívoco era el mas ingenioso y agraciado adorno que podían emplear en sus escritos, y apenas se encuentra en ellos periodo que no tenga pa-

(1) Predicado por el Dr. D. José Ignacio Fernandez Quevedo, rector que fué del Colegio de Sta. Catalina de Granada y Canónigo Magistral de la insigne Iglesia Colegial de S. Hipólito de Córdoba. El texto fué: *Vestri capilli capitis omnes numerati sumt.* Luc. c. 12 v. 7.

labras de diverso sentido. Son muchos los AA de quienes pudiéramos sacar algunos ejemplos; pero recordamos ciertas quintillas en que está escrita la vida del insigne mártir San Lorenzo, que (siendo no pocas) todas ellas concluyen por algun equívoco como las siguientes en que dice de los padres del Santo.

Batallaban sin vencellos
Con mil deseos prolijos
Y estaban de los cabellos
Por que se hallaban sin hijos.
Y no se hallaban sin ellos.

Temió de este matrimonio
Por fruto un segundo Pablo
De la verdad testimonio,
Y de la fé con que el diablo
Estaba hecho un demonio.

Discurrió astuto el roballo,
Y dalle muerte alevoso,
Mas no pudo ejecutallo.
Que era el niño muy gracioso
Mas no era para matallo.

Se continuará.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

Ya se escucha el sonoro
Himno que entona la creacion entera;
Que pródiga esparciendo su tesoro
Ya sus alas de oro
Apacible tendió la primavera.

La lóbrega techumbre
De nubes que el espacio oscurecia
Fugáz huyó, y en la celeste cumbre
Vierte su clara lumbre
Con mas grandeza el luminar del dia.

Del céfiro al arrullo
Despiertánse las selvas adormidas,
Deja la mariposa su capullo,
Volando con orgullo
Por las anchas praderas estendidas.

Puéblase el bosque umbrío
De alondras y canoros ruiñeños,
Sigue su curso sosegado el rio
Sin que el encono impio
Le enturbie de los vientos bramadores.

¡Oh mágica belleza!
¡Oh encantada estacion! ¡oh sol fulgente!

Mostrad, campos, mostrad vuestra grandeza,
Y ostentareis la alteza
Del soberano autor Omnipotente.

Parad, aves, el vuelo
Y el canto levantad nunca *aprendido*;
Estiende, aurora, por el claro cielo
Tu purpurino velo
De perlas y topacios guarnecido.

Prados encantadores
Ostentad vuestras plácidas guirnaldas;
Y ricas de perfumes y colores
Embalsamadas flores
Lucid entre las hojas de esmeraldas.

Valles, selvas, collados,
Pomposas arboledas, bosque umbrio,
Anchas vegas, vergeles dilatados,
Brillad engalanados
Publicando de Dios el poderio:

Palomas inocentes,
Alzad vuestros arrullos lisongeros,
Risueñas murmurad, sonoras fuentes,
Mugid, toros ardientes,
Apacibles balad, mansos corderos.

Al grande, al Increado,
Unidos ensalzad en dulce coro;
Y á su pesar esclamará humillado
El incrédulo osado:
¡Autor del universo, yo te adoro!

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.

Sevilla.

¡El alma de la casa!

BAIADA.

I.

—«¡Levántate, Elena, hija mia!»—
dice un caballero, llamando á la puerta
con el pomo de su tizona: es el duque
su padre. «Luce el alba; la campana de
la vecina iglesia ha tocado ya la oracion
de la mañana; tus hermanos te aguardan
en el gran patio del castillo, donde se
oyen piafar impacientes los fogosos cor-
celes; llegó el momento de partir.....»

II.

Tras de una de esas luchas intes-
tinas y sangrientas del feudalismo, y con

el objeto de cimentar la paz, á Elena la
casaron sus padres con el principe Her-
berto, siendo todavía niños entrambos. Pe-
ro á la sazón ya habian crecido, vivién-
do separados uno de otro, y es llegado
el dia de conducir á la esposa junto al
esposo.

Elena encomienda su alma á la Vir-
gen Santísima, haciendo la señal de la
cruz; acto continuo se levanta, viste el
traje de boda, y se cubre con un largo
velo que la cae hasta los pies, blanco,
como la nieve, y baja. Sus hermanos go-
zosos al contemplarla tan bella, se colo-
can de un salto en sus monturas.

—¿Está lejos la morada del prin-
cipe Herberto? pregunta la novia.

—¡Ah, sí! Muy lejos, por cierto, he-
mos de atravesar sendos bosques y lla-
nos, y trepar mas de una montaña de
azuladas cumbres.

Entonces Elena inclina tristemente la
cabeza: aún no la separa nada de la
casa en que vió la luz primera; con so-
lo estender los brazos puede tocar la ye-
dra que tapiza sus muros. Sin embargo,
su padre y sus hermanos repiten; parta-
mos!....

III.

En ese momento sale la madre de-
salada, y deshecha en lágrimas, apreta-
ba contra su corazon el pié diminuto que
Elena apoyaba en el estribo, exclamando:

—¡Hija de mis entrañas!... ¿Es po-
sible que te vayas tú, á quien yo misma
crié en mi seno? ¡La alcoba en que dor-
mias, y mi corazon quedarán igualmente
vacios, y en vano te buscaré por todos los
rincones de mi casa desierta!...

—¿Por ventura, madre mia, no sois
vos y mi padre, quienes me habeis da-
do al principe Herberto? Pero es tarde
ya, en vano derramó copioso llanto; la
cabalgata se pone en movimiento y el
pié de Elena se escapa de entre las ma-
nos de su contristada madre. El Duque
y sus tres hijos que la sirven de escol-
ta son cuatro apuestos caballeros cubier-
tos de negras armaduras; son espanto de
los sarracenos; delante marcha la blanca
Elena sobre un corcel tambien blanco co-
mo la espuma que se estrella contra el pe-
ñasco, de cerviz erguida, y dilatada co-
la. Andan... andan... atraviesan una in-
mensa llanura, desaparecen bajo las ver-
duzcas bovedas de la floresta umbria, y mas

allá se les vuelve á ver trepando por el escarpado monte.

Su marcha era triste y meditabunda, ningun cantar, ninguna balada se asomaban á los labios para divertir la penuria del viaje. Ya se habia ocultado, y vuelto á brillar por cuatro veces consecutivas el astro luminoso y rutilante del dia, cuando hé aquí que en el momento de ir á atravesar un riachuelo, detuvo el viejo duque su corcél, y con asombro de su hija, dijo; del mismo modo que no es posible que esta corriente pueda remontar en contrario sentido hacia su origen, tampoco podré yo dar un paso mas hacia delante! Que tus hermanos te acompañen Elena mia, mas lejos, porque la senda por donde yo he de continuar queda á mi espalda.

—¿Que será de mí, padre querido, si me abandonais así?...

—Me es forzoso regresar á consolar á tu madre.

—¡Cúmplase la voluntad del Señor! Pero vosotros, hermanos míos, juradme que nunca me abandonareis!

IV.

Continuaron andando... andando, cabizbajos y silenciosos todos.

Hermanos míos, que largas y penosas son estas jornadas, sin cesar estamos pasando del bosque al monte, y desde la montaña al llano... ¿No llegáremos por lo visto jamás? ¿O nos hemos extraviado en esta tierra encantada?

No, hermana, pero el principe Herberto mora todavia muy lejos, mira; allá, en lontananza, detrás de esa cordillera azul.

Decidme, hermanos, ¿no os parece como á mí, que á medida que vamos avanzando, el cielo se oscurece detrás de nosotros, que se marchita la yerba y que se humillan las ramas de los árboles hasta el suelo?

—En efecto, Elena, la tristura estiene sus alas tenebrosas en pos de nosotros; es porque recorreis una senda por donde no volveréis á pasar. A estas horas nuestro padre regresa solo, con el corazón transido de dolor, mientras que nuestra madre allá se retuerze las manos en el parasismo del pesar profundo que la agobia en nuestra ausencia.

—¿Créis que no sufro yo también...? Pero que veo, hermano mio se encabrita

vuestra cabalgadura, ó sois vos que la refrenais...?

—No, hermana mia, pero este roble marca para mí la barrera que no me es dado trasponer, pero mis dos hermanos te conducirán hasta el valle.

—¿Cómo? exclamó Elena juntando sus manos: ¿Eso decís cuando me jurásteis no desampararme?

—No puedo prescindir de ir á consolar á mi madre y á mi padre. ¡Adios, Elena muy amada; jóven soy pero, como los jóvenes suelen preceder en la tumba á veces á los ancianos, tal vez no te torne mas á ver!

—¡Marchad, pues hermano mio, pero tomo por testigo á la Virgen Santisima, que no es verdad que me hayais jamás amado!

V.

De los dos hermanos que quedaban Amaury, el mas jóven sobresalia en la gaya ciencia. Elena le profesaba también un cariño fraternal superior á todo encarecimiento, le suplicó que le cantase una balada, á lo cual accedió Amaury, escogiéndola bien triste por cierto. Cuando hubo concluido; el que seguia al mayor de sus hermanos hizo alto bruscamente. Elena presintió al momento que también aquel iba á volver grupa. Así era en efecto, y ella miró como se alejaba, llena de ira y maldiciendo á un mal caballero que de esa manera abandonaba á una mujer, y hermana.

Siguiendo su caminata con Amaury, no tardó en encontrarse con un viajero que pasaba, quien la saludó añadiendo:

—Aquel de vuestros hermanos que últimamente se separó de vos acaba de ser robado y herido en un bosque por unos bandidos.

Mas adelante pasó otro transeunte y le dijo:

—Dios os guarde, Elena: uno de vuestros hermanos ha caído en una emboscada y los moros le tienen preso, que se lo llevan cautivo.

Otro tercer viandante al apercibirla desde un poco lejos la gritó:

—Buen viaje, Elena; siento comunicaros la triste nueva de que vuestro padre el duque acaba de perecer queriendo vadear un torrente.

Y finalmente, un cuarto personaje compareció que pronunció las siguientes palabras:

—¡Hermosa doncella, elevad vuestras preces al Altísimo, porque la casa en que nacisteis ha sido presa de las llamas, y andan buscando el cadáver de vuestra madre entre los escombros!

—¿Oyes eso hermana? ¡Vive Dios que esto es demasiado, y mi caballo vá á experimentar mis acicates, interin vuelo á socorrerlos!

—¡Oh ya no resisto mas, Amaury, volvamos grupa los dos y volémos ayá otra vez! Mas en ese mismo momento, un quinto viajero que llegó en opuesta direccion exclamó:

¡Por vuestra vida, Elena! ¿Que haceis, proseguid el mismo camino de antes y daos prisa por cuanto que el principe Herberto se muere de pesar á consecuencia de haberle asegurado alguno que su jóven esposa habia sido arrebatada en el camino sin que sea posible descubrir su paradero.

—¡Día fatídico, hermano mio...! ¡desistamos pues; y conduceme cerca del hombre á quien yo pertenezco!

VI.

Elena, pálida y temblorosa, empujó hacia adelante á su caballo, pero estaba sola... su tercero, y mas querido hermano Amaury consintió dejarla sola. El cielo de aspecto amenazador se volvió mas sombrío de cada vez desencadenose una violenta tempestad, aves agoreras revoloteaban entre las tinieblas de un dia mas tenebroso que la noche, rozando con sus alas el rostro de la novia al pasar, tanto que su caballo loco de espanto se encabritó. Elena se deslizó hasta el suelo y continuó su camino á pié, los abrojos hacian trizas sus vestimentas, y los pedruzcos destrozaron su calzado de terciopelo ensangrentando sus lindos y delicados piececitos.

En semejante apuro vió que se avanzaba á su encuentro un hermitaño. Elena exclamó:

—¡Oh padre...! ¡Compiadaos de mis infortunios: de tres hermanos que tengo, el uno está herido, el segundo cautivo, el tercero ha volado en auxilio de los otros dos. Mi padre el duque ha sucumbido al vadear un rio, y mi desgraciada madre ha fenecido sepultada entre los escombros de nuestra casa, y por complemento de todo esto el principe Herberto, tal vez muera en estos momentos.... Aho-

ra bien: ¿No ha dicho Dios: «Renunciará la mujer á su pais, y abandonará á su padre, y á su madre, por seguir á su esposo?» ¡Decidme ministro de Dios, si tengo ú no razon!

—¡Elena, si, vos sois una mujer de fortaleza, y valor!

Como por ensalmo serenóse súbitamente el cielo, la tempestad fué á descargar á lo lejos, y mientras las gotas de lluvia temblaban como perlas sobre las verdes hojas de las ramas ligeramente columpiadas por blandos céfiros, los pajarillos volvieren á entonar sus gorgoros.

—¿Padre; podreis explicarme este prodigio? He aquí el sol que resplandece de nuevo, los árboles que reverdecen, y los pajarillos que cantan.

—Esto significa, hija mia, que nos aproximamos á la morada del principe Herberto, por cuanto que la alegría vuela al encuentro de la mujer esperada con anhelo en la casa de su esposo.

—Pero reparad, por vida vuestra: es que no doy un paso sin que broten instantáneamente yerbas y esmaltadas flores bajó mis plantas.

—Es, bella Elena, á fin de que no lastimen vuestros pies los guijarros, y los espinos.

—¡Decidme en verdad! ¿Es un sueño, ó una mistificacion lo que me pasa? Pues me parece que la montaña de enfrente se humilla y se convierte en llano...?

Es á fin de que se os muestre mas pronto la vivienda del principe vuestro esposo.

En efecto, el palacio se dejó ver, soberbio, majestuoso, solo que la fachada ofrecia un lúgubre aspecto, y las puertas y ventanas cerradas, parecian no haberse abierto en mucho tiempo.

Esta casa aparece yerta, diríase que ningun ser viviente la habita....

Elena; la vida solo podrá entrar allí cuando vos penetreis en el interior, porque solo la mujer hermosa y honrada es el *alma de la casa*.

Esto diciendo, desapareció el hermitaño, y Elena dando algunos pasos mas, tocó ligeramente la puerta del palacio, cuya puerta se abrió instantáneamente y apareció todo iluminado interiormente; los ecos de una música deliciosa resonó en las bóvedas y galerias, y el principe Herberto soberbiamente ataviado se adelantó presuroso, seguido de su servidum-

bre á ofrecer su mano á Elena diciéndola:
—¡Seas muy bien venida aquí, por-
que *tú eres el alma de la casa!*

Entonces Elena se ruborizó sonrien-
do, al reconocer en su marido tan her-
moso y tan magnífico, nada menos que
al hermitaño que habia ido á su encuen-
tro en el bosque, empero cuando subió
de punto su sorpresa fué cuando se en-
contró en el gran salon de ceremonia al
duque su padre, á su madre, y á sus
tres hermanos que la aguardaban en tra-
je de fiesta.

—¡Bendita seas, hija, dijo el duque,
tú que has preferido ante todas cosas á
tu marido, serás una muger fuerte, tú
sabrás amar debidamente á tus hijos y
gobernar á tus numerosos servidores. Aho-
ra bien, Dios me es testigo que si hu-
bieses flaqueado en esta prueba solemne,
las puertas de un convento se hubiesen
cerrado detrás de ti para siempre.

Acto continuo abrazó á su hija y
se celebraron los festejos de la boda que
duraron una semana y fueron célebres
en toda la comarca, propalándose su rui-
do y su fama, por toda la cristiandad.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 19 de Junio de 1830.

A ZARDA.



SERENATA.

Vente Zaida á mis jardines,
tus chapines
huries han de bordar,
vente, vente hermosa mia
que ya el dia
espléndido vá á brillar.

De rico jaspe un palacio
dó el topacio
luce entre sus galas mil,
guardo para ti sultana,
flor galana
del africano pensil.

Guardo para ti una alfombra
á la sombra
del africano nopal

donde te ofrezca olorosa
blanca rosa
su perfume virginal.

Y en régio alcázar brillante
de diamante
un cielo te cubrirá
y la grama entretejida
y mullida
blando lecho te dará.

Allí débil mariposa
vagarosa
volando de flor en flor,
formára para tu frente
esplendente
dulce corona de amor.

Y arrullado por la brisa
indecisa
el arroyuelo sutil,
retratará en sus cristales
desiguales
esè tu talle gentil.

Vente Zaida á mis jardines,
tus chapines
huries han de bordar,
vente, vente hermosa mia
que ya el dia
espléndido va á brillar.

T. MARTEL.

REFLEXIONES

SOBRE

EL ESTADO POLITICO DE EUROPA.

ARTICULO 2.º

(Véase el número 18.)

Los elementos conservadores que
aun restaban, en la córte del des-
tronado Luis Felipe, no fueron cier-
tamente suficientes á contrarestar el
torrente impetuoso de la revolucion
que amagaba los cimientos mas só-
lidos del edificio social, pues si bien
estos mismos elementos no eran com-

pletamente impotentes, sin embargo en el estado de embriaguéz en que se hallaba aquel veleidoso pueblo, cualquiera tentativa hubiera podido frustrarse toda vez que la poderosa mano oculta, que dirigió tan falsa política, estaba interesada en derribar aquella dinastía.

La política Inglesa, que se veía postergada por el Austria, y por las principales potencias signatarias del Congreso de Viena, que adoptaban ó que aplaudían la conducta de Meternich, no pudiendo hacerse superior á la idea de permanecer por mucho tiempo en aquella inacción á los ojos de las demás naciones, y aparecer como potencia dirigida, sobre todo cuando ella pretendía tener un derecho indisputable, y una influencia directa en la conservación del equilibrio político, por sus antecedentes en Watterló, rompió con sus compromisos internacionales, secundando las miras de los descontentos, y auxiliando moralmente la propaganda revolucionaria, de tal modo que sus consecuencias le han hecho comprender mas tarde lo falso de su iniciativa.

Los hombres, como los pueblos, no comprenden, que en el momento en que la envidia les mortifica y la avaricia les ciega, por muy altos ó muy poderosos que sean, suelen caer en un menosprecio tal, que en valde el mas grande arrepentimiento pueden devolverles su antigua consideración.

Esta razón y no otras fué la que dió origen á la situación anárquica de 1848, situación, que pudo traer al poder ciertas ideas, que hubieran barrenado la sociedad por su base, y que, aun cuando hubieran encontrado una terrible oposición, vencida esta, el cadalso y el verdugo se hubieran erigido en Ley.

Francia, Cerdeña, Austria, Prusia, España, y hasta Rusia misma, se vieron espuestas, á ser devoradas por la horrorosa hidra que amamantara la

nacionalidad Inglesa, pero la providencia que vela constantemente por la suerte de los pueblos, no permitió ir mas allá al mónstruo desbastador, y pudo reconstituirse de nuevo la sociedad harto desquiciada.

Sin embargo, en 1848 la situación de Francia, en los primeros y últimos momentos de su revolución, era ciertamente bien triste; destronado Luis Felipe, parecía lo mas natural, que la duquesa de Orleans, señora de elevadas dotes, señora á quien se atribuía carácter firme y cierta energía, viuda además de un príncipe que fué siempre la esperanza de su dinastía, y en quien ciegamente confiaban los partidarios del doctrinarismo francés hubiese podido salvar su regencia, asegurando de este modo la corona en las sienes del Conde de Paris, su primogénito; pero esto que hubiera sido factible 24 horas antes de presentarse en las cámaras, no pudo llegar á ser un hecho consumado, aunque las grandes influencias, que como dicen opiniones distintas, coabuyaron para derribar á Guizot, trabajasen mucho despues, por salvar los derechos de tan ilustre princesa.

En efecto, la revolución estaba hecha: la Inglaterra que habia presenciado con júbilo la caída de la restauración en Francia, confió despues demasiado en la política de Luis Felipe, necesitando una larga serie de años, para aprender, en aquel nuevo órden de cosas, la manera de investigar, el gran descubrimiento que habia de poner mas tarde en tela de juicio el principio dinástico, única forma que bien empleada, podia poner á seguro sus miras ambiciosas, y sus bastardos planes amenazados. Así es que si satisfecha se hallaba, aquella nacionalidad, viendo destronado á Carlos X. ¿Con cuanto placer no seria testigo de las escenas tumultuosas, que dieron el triunfo á las teorías disolventes? Miserable humanidad que no comprende á donde la con-

duce su frenética exaltacion! Si, los hombres que en aquel triste periodo, estaban al frente de aquel gobierno, contrajeron con tan falsa iniciativa, una inmensa responsabilidad para con la Europa entera arrastrando la impopularidad que conservan.

La Francia que por otra parte, habia llegado al último periodo de su fanatismo social, que habia apagado la voz de la razon y de la justicia, con la tempestuosa palabra de su montaña: la Francia, que habia sido y que estaba siendo el miserable instrumento y el caprichoso juguete de Lord Pallmerston, vendida por si sola, á las influencias y á las ambiciones bastardas, no tuvo mas medio que sucumbir victima de su impotencia á contrarestar el elemento conservador, que se levantaba de nuevo.

Es una verdad bien triste, pero cierta, que desde la revolucion del 93 existen ciertos hombres, que educados en los miasmas pútridos de aquella sociedad corrompida, no solo traen en continua agitacion los ánimos, sino que creyéndose omnipotentes atentan variar las leyes de los Estados, como hicieron los ejipcios osando interrumpir la de Dios. ¡Desgraciados! No comprenden cuán efimero es su poder en la tierra, y arrojándose en ese inmenso Occéano de dudas y contradicciones, luchan hasta debilitarse las mas veces, por conseguir el objeto de sus maquiavélicos planes.

Ejemplo triste, pero cierto tambien de mis palabras, es la suerte que les estaba reservada á esos mismos hombres, que habiendo pro-hijado la revolucion del 48 en su cuna, y ayudado á entronizarse en el poder ciertas ideas, no pudieron sostener con su gran influencia el principio democrático, y desaparecieron de la escena politica, victimas de un genio superior á ellos, que ya acaso, y sin acaso, los habia sabido poner en relieve á los ojos de las demas naciones.

JORGE DE CISNEROS.

EL PENSAMIENTO.

SONETO.

Aguila altiva que con noble aliento
te remontas del sol sobre la esfera
menos libre y gigante es tu carrera
que el libre y gigantesco pensamiento.

Héle que nace, oscuro, soñoliento
hijo tal vez de mísera quimera
crece, se desarrolla, vuela, impera
y halla pequeño el mundo á su ardimiento.
¡Paso! y que tienda sus inmensas alas
por la region del sol, alma atrevida
que aunque solo se arroja con sus galas
El pensamiento es alma de la vida,
llena los mundos y aun al cielo escala,
osa poner tras su ilusion querida!

BIENVENIDO V. CANO.

Madrid 1860.

SONETO.

LA VENDEDORA DE AMOR.

Al mercado de amor llevó Violante
En su preciosa cesta como flores,
Los divinos y plácidos amores
Que pensaba vender al fino amante.
Quién me compra un amor? á cada instante
Repetia brindando sus primores
Mas gratos que las galas, los honores,
Que las perlas, que el oro y el diamante.
Se acerca un comprador. Amor, le dijo,
Celoso lo teneis?—Pasó la moda.
—Y amor gruñón?—Lo guardo al caro esposo.
—Y el amor apacible?—Es muy prolijo.
—Y amor feliz?—Se duerme: no acomoda,
—Y el constante?—Fastidia por dengoso,
—Pues dame aquel amor que mas se inclina.
—Toma el amor voluble que domina.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

IV.

(CONTINUACION.)

El despotismo oriental, mas que nin-
gun otro despotismo de la tierra, ofrece un

deslumbrador contraste de iniquidad y grandeza. Razas de lobos que, obedeciendo á la voz de un jefe, se lanzan sobre el indefenso redil para devorarlo, sin otro aliciente que el de saciar su crueldad, obteniendo en cambio la desdeñosa sonrisa, aquellos pueblos perpetuan su esclavitud al acumular en manos del señor nuevas conquistas, que solo sirven para halagar su vanidad y su insensato desprecio á la moral humana.

Zin-zizimi, soldan de Egipto y el sultan Mourad, emperador de los turcos, son dos tipos de esa repugnante tiranía pintados con inimitable color por Victor Hugo.

El primero se sienta solo á su mesa, porque el trono no puede tener convidados, y él, que es señor de todo, se cansa y se fastidia. Despues de hacerse adorar por unos cuantos cheiks y ulemas decrepitos, asombrado de que sus blancas canas cubriesen un alma envilecida, manda arrastrar á su presencia dos criminales que se prosternan implorando perdon; y cuando se ha gozado bastante en su angustia, se entretiene en abrirles el vientre para ver salir las entrañas; hasta que, aburrido al fin, bosteza y despide á sus esclavos.

El nuevo Baltasar mira á su alrededor para buscar alguien á quien dirigir la palabra, y solo encuentra diez esfinges que sostienen su trono, desnudo el seno, la frente coronada de rosas, con una lira en la mano, y el malicioso enigma en la boca. Cada esfinge lleva esculpida una palabra en la cabeza, y estas diez palabras son: Gloria, Amor, Juego, Voluptuosidad, Salud, Felicidad, Hermosura, Grandeza, Victoria, Alegria.

Zin-zizimi se dirige á ellas, y les pide que canten su felicidad y su gloria. Las esfinges obedecen. Pero su canto es un sarcasmo y una reconvencion horrible. La reina Nitocris, dice la primera esfinge, habita un sepulcro cerca del firmamento, y, sin embargo, está sola y triste pensando de continuo en su raza, en aquellos reyes duros, terribles, implacables, que ella dió á luz de su tenebroso seno, y fueron terror de los hebreos y los griegos. El sepulcro de Nitocris se alza pavoroso en el azulado cielo; los pájaros caen muertos si lo tocan con sus alas: la reina yace en él silenciosa, y las nubes con rumor profundo y sombrío, acompañan aquella solemne escena.

Por las noches, abre Nitocris los ojos

y descubre el cielo al través de las pilas-tras; fija en él una siniestra mirada escrutando el destino (mirada horrible que importuna á los astros), mientras que, en larga fila y con vagos suspiros pasan lentamente los espectros de sus víctimas.

La segunda esfinge canta á Teglath Phalasar. Teglath Phalasar es mas grande que los reyes, los magos y los pharaones á quienes incensaron los pueblos. Semejante á Dios, á quien sirve la estrella de carro, tiene un templo y por sacerdote un profeta; sus ojos purpurinos hacen temblar á cuantos miran, y los hombres doblan la frente á su coyunda. Su victoriosa marcha convierte en cenizas los pueblos, y es para el Asia lo que será Alejandro, para Europa, lo que será algun dia Atila. Triunfa, brilla, y, entre tanto, un alfarero que ignoraba su poderio, pone á secar al sol los ladrillos que han de servir para su sepulcro.

En igual sentido le hablan las demás esfinges. Zim-zizimi, desesperado, las amenaza con el puño, y se dirige á su copa llena de perfumado vino. «¡Ah! tu sabes calmar mi fatigada cabeza: ven, copa mia, háblame de cosas alegres. Sacude de mi alma esas negras imágenes: conversemos tú y yo: el Poder y el Vino.» La copa brillante, embalsamada, le responde:

«Phur, rey sol, era señor de Alejandria: su cimera dominaba los mares; su pueblo, uno de los primeros del mundo, le daba mas soldados que imágenes ofrece la transparencia oscura del sueño; ¿mas de qué sirve haber sido el hombre sol? ¿Qué vale el ser señor siendo la nada?» Y la copa ofrece al despechado Zim-zizimi un triste cuadro de la pequenez de sus grandezas. El iracundo monarca la hace pedazos contra el suelo.

Una lámpara de oro alumbraba la sala. Zim le dice: «Tú eres la luz: las esfinges son los fúnebres testigos de la noche; la copa embriaga y está casi loca. Pero tú vives entre aureolas de claridad, alegras con tu sonrisa los banquetes, conviertes en Oriente el sitio en que apareces; tu voz debe ser un canto matinal; dime alguna cancion divina que yo ignore; háblame, diviérteme, lámpara del paraiso...» Y la lámpara obedeció las órdenes del amo. Pero su cancion fué un lúgubre recuerdo, mas penoso aun que los anteriores, sobre la miseria y pequenez de los grandes... El tirano colérico hace pedazos

la lámpara... la luz se apaga. Entonces entra la noche, y, tomando de la mano al acobardado monarca, le dice en medio de las sombras: «*Sígueme.*»

Este canto, y el del sultan Mourad con que concluye el primer tomo, escritos con igual intencion y muy semejantes en la forma, tienen el fantástico colorido de una poesía oriental resplandeciente en originalidad y grandeza.

Victor Hugo como todos los autores de verdadero génio, posee la feliz cualidad de acomodar el estilo á la naturaleza del asunto. En sus primeros poemas (*La consagracion de la muger y la conciencia*), las formas son verdaderamente genesianas, y revelan que el autor ha bebido su inspiracion en aquella purísima fuente. Otro de los poemas (*Jesucristo y el Sepulcro*) está sacado, y aun podria decirse traducido como lo confiesa el mismo autor, del Evangelio. *El casamiento de Orlando y Aimerillo* son (emplendo el pintoresco lenguaje de Victor Hugo) páginas arrancadas á la colosal epopeya de la edad media, obras que brotan directamente de los libros de hazañas de los caballeros andantes; la historia, en fin, escuchada á las puertas de la leyenda.

A este último género pertenecen *El rey niño de Galicia*, *Eviradnus* y *Vivar*. El gran héroe castellano cuyo nombre no cabe en la historia, y se derrama por la novela y el romance, ha inspirado á Victor Hugo este poemita encantador. «Cuando el cheik Jabias, que después fué rey de Toledo, vino á visitar al Cid en su casa paterna, encontró en el estrecho patio de la modesta habitacion un hombre humilde con un arnero en la mano. Este hombre que estaba de espaldas al principe deja en el suelo un costal de avena, una artesa, un arnés y una silla de montar, y sin ver al cheik, se pone á frotar, lavar y cepillar su caballo. El cheik, sin darle siquiera los buenos dias, buen hombre (le dice), vengo á ver al Sr. Rui Diaz, el gran campeador de las Castillas. Y el hombre, volviéndose, responde: «Aquí me teneis.»

—¡Cómo! ¿sois vos el héroe, el valiente, el caudillo poderoso, que no tiene mas que salir á campaña para conquistar á su patria desde Gibraltar á Avis, desde Cadolfo á los Algarbes, y cuyo clarín atrae á sus tiendas el brillante escuadron de las victorias? ¿vos á quien yo prisionero, vi

en el palacio del rey rodeado de todos los esplendores, la célebre Tizona en la mano cortejado por los grandes que se disputaban el honor de servirlo?... Lerma y Guzman estaban á vuestro servicio vestidas trajes deslumbradores; ceñidas armas de prodigiosa riqueza. Veinte correos esperaban vuestras órdenes. Nadie se colocaba delante de vos ni á vuestro lado. Ni principes ni infantes se atrevian á llamaros camarada. Marchábais escoltado por un pequeño ejército, y estaba tan alto que las águilas mismas volaban á vuestro lado. A vuestros ojos desaparecia como humo todo lo que no era mando de ejércitos, dominio, magistratura suprema; y, absoluto, lanza enristre y cimera en la frente, no reconociais superior en la tierra.

Rodrigo respondió: «Es que entonces yo no estaba mas que en casa del rey.»

Y el cheik replicó; «Pero Cid, ¿Qué es lo que os ha pasado? ¿Qué traje es ese? Llego y os encuentro en mangas de camisa, con el artesa y el cabezon en la mano y haciendo oficios de escudero.»

«Cheik, dijo el Cid Campeador, es que ahora estoy en casa de mi padre.»

Este poemita es, en su original, un cuadro de interior que no desdeñaria Van Ostade.

Con el título *Le Satyre*, describe Victor Hugo la época del *Renacimiento* en una leyenda rica de invencion y fantasia en que despliega toda la magia de su variadísimo estilo. Este sátiro, que era algo extravagante y calavera, habitaba en los bosques silvestres que se estienden al pié del Olimpo. Entreteniase en cazar, dormir, y perseguir, bajo todas sus formas el placer que necesitaba para satisfacer doce ó quince sentidos. Sus travesuras espantaban á las mismas Bacantes, y tenían alarmados á los habitantes del bosque: las napeas, eco, la adriana, las náyades, las ninfas, céfiro, las ondas, las flores, todos vivian en un sobresalto continuo por la proximidad de aquel precursor de Lovelace. Su fama llegó á oídos de los dioses, y Júpiter mandó á Hércules que se lo llevasen de una oreja.

Quando el sátiro se vió sobre la dorada cima vislumbró la escalera que conduce á la celeste morada, pareció que temblaba al contemplar tanta belleza y alargó el cuello para aspirar mejor sus perfumes... mientras que sus enlodadas pezuñas trepaban haciendo agujeros en la luz hacia el azulado firmamento.

Son pied fourchu faisait des trous dans la lumiere.»

Hay en esta descripcion bellezas de primer orden que no pueden traducirse. El carro del sol está pintado de una manera admirable, y á esta bellísima descripcion cuyo último verso encierra una magnífica imágen, sigue un cuadro del Olimpo que iguala, si no escede á los de Ovidio, y que solo puede compararse á los de este poeta, y tal vez, modernamente á los de Milton.

Lo que mas sorprende en las poesias de Victor Hugo es la atrevida, originalidad de los pensamientos, cualidad en que nadie le escede y muy pocos le igualan, y que imprime un sello peculiar á su estilo. Creen algunos que se obtiene este resultado buscando artificiosamente determinados contrastes; mas lo que en el gran poeta es bello y original, en los plagiarios se torna en amaneramiento, porque, no hay que cansarse; solo es bello lo natural: no hay principio mas evidente en materias de gusto.

El Sátiro canta en la asamblea de los dioses, y sus canciones tienen una elevacion sublime *Le noir et le sombre* en el asunto de aquellas odas, que son el mas grandioso resumen de la teogonia pagana. Este poemita es de los mas bellos de la obra por su novedad, gracia y trascendencia filosófica.

La Inquisicion, ó las Razones del Momotombo, son una condenacion festiva de aquel tribunal sombrío bajo una forma nueva y de muy buen efecto.

(Concluirá.)

RICARDO DE FEDERICO.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

ROMANCE

á la Srta. Doña D. J. y C.

Desde el soto á la pradera
desde el valle á la colina,
mañanica de San Juan
todo es fiesta y alegría.
Coronadas de vervena
mil hermosas peregrinas

por su gracejo y donaire
á Venus causan envidia,
Cual goza cogiendo flores,
cual mas alegre y festiva
entona dulces cantares
de mi bella Andalucia.
Aquí, bulliciosos tocan,
allá entre bromas y risas
el vino la sed apaga
y al cielo llegan los vivos.
La pareja mas dichosa
en una danza se agita,
ligera como las auras,
y el baile rompe atrevida
y se estrecha dulcemente
con delicada porfia
mientras sus ojos de fuego
llevan el alma encendida;
y allí vuela una esperanza
en alas de una sonrisa
y él se envanece orgulloso
y ella se sonroja tímida.
Otros el ejemplo siguen
y nadie temor abriga
ni espera escuchar desdenes
á trueque de sus caricias,
que ocasion brinda deseos,
y cuando el baile autoriza
al amor rinden tributo
las bellezas mas altivas.
Todo es fiesta y algazara
y placenteras delicias;
el labio murmura flores
las miradas son mas vivas,
mas derretidos los quiebro,
las agudezas mas lindas,
tiembla la mano estasiada
y el pecho inflamado aspira.
Cantan las aves, las flores
arrulladas por la brisa
el delicado perfume
entre sus ojas respiran:
murmurador arroyuelo
baja desde la colina
entre espedañas y juncos,
atropollando las guijas,
y ya quiebra sus cristales
en la cascada florida
tirando copos de nieve
á sus pintadas orillas,
ya en su cuna de esmeraldas
placentero se desliza
y el limpio azul de los cielos
retrata en su pura linfa.
Y entre tanto regocijo
todo fiesta y alegría
desde el soto á la pradera

desde el valle á la colina,
solo un hombre estaba triste
uno solo ¡suerte impía!

.....
¡Pobre loco! es un poeta;
en su arpa gravó una cifra,
dos letras entrelazadas
con una guirnalda encima,
y ha roto su arpa y se queja
repetiendo noche y día:
«¡Ay del poeta que llora
una esperanza perdida,
rompe su lira en pedazos
y el alma rompe en su lira!»

R. CONDE Y SOULERET.

CRÓNICA SEMANAL.

Con sentimiento abandonamos el delicioso paseo de S. Martín para retirarnos á escribir la revista de la semana.

Aun nos parece escuchar el eco de un dulcísimo *á Dios* que hirió nuestro oído en los momentos de alejarnos del paseo y que cual el rumor del aura perdióse entre los blandos sonos de la brillante banda de música. Que noche tan deliciosa; en un cielo azul y trasparente y mecida en lecho de blancas nubecillas, bagaba la luna cruzando los espacios de la encumbrada esfera; pero dejando la descripción de la noche para otra pluma mejor cortada que la nuestra, nos ocuparemos solo del paseo de San Martín.

Serian las nueve cuando semi-ahogados de calor, nos dirigimos hacia dicho paseo y francamente, si por algo sentimos el haber ido, fue tan solo por el disgusto al tener que dejarlo.

Nuestras encantadoras paisanas, á cual mas hermosa, á cual mas sencilla y elegante, cruzaban en todas direcciones luciendo sus graciosos tales, sus encantos todos.

Allí encuentra el rendido amante la verdad que le enamora, la Señora de sus pensamientos: allí el amigo encuentra al amigo, y encuentran todos las delicias de una agradable noche.

II.

La última reunion de casa del Señor Conde de Torres Cabrera estuvo tan animada y concurrida como las anteriores. Sacaron temas de la urna los SS. D. Fernando Amor y Mayor, D. Rafael Conde y Luque, D. Francisco Chorot y D. Diego Pequeño.

Se leyeron bellísimas composiciones de los SS. Fernandez Ruano, Nolazco Melendez, Conde y Souleret, Valdelomar, Rojas, Martel, Montesinos, Chorot y Gonzalez Reguera.

Se propuso la formación de un ateneo y acogido el pensamiento por la reunion literaria se nombró una comision de su seno que llevase á cabo el pensamiento.

III.

Hemos oido decir que algunas Señoras muy conocidas en esta capital piensan abrir su salones de verano, y aunque no sabemos que pueda tener esto de cierto, nos alegrariamos saber quienes eran para unir á sus deseos la escasa influencia de nuestra súplica.

MISCELÁNEA.

Con sumo gusto empezamos desde hoy á compartir los trabajos de redaccion, con nuestro querido é ilustrado amigo, el Sr. D. Rafael Conde y Luque.

Tenemos la satisfaccion de contar en el número de nuestros nuevos colaboradores á la Srita. Doña Antonia Diaz Fernandez y á los Sres. D. José Lamarque Novoa y D. Pedro Muñoz Sepúlveda.

Solucion á las charadas insertas
en nuestro número anterior.

DON-OSO.

TO-RRES-CA-BRE-RA.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. - 1860

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.